

# ORTO Y OCASO

A Ramiro Cutiérrez—Juventud, Amistad y  
Letras—en su rincón extremeño del Arroyo.

Fué una noche de Luna, con cisnes en el lago  
y bayaderas árabes en la imaginación.

Y una quimera de oro, como una droga inútil,  
para curar los males del pobre corazón.

Ella bajaba riendo del jardín encantado  
donde los pocos años quieren amanecer.

Y yo estaba sentado a la orilla del río,  
con un sueño en las manos, viendo el agua correr.

—¿Qué haces aquí, mancebo, sin amor y sin novia?  
—¿Dónde vas tú, doncella?

—Soñando en un doncel.

Y repentinamente se iluminaba el cielo  
y era el agua del río un arroyo de miel.

—

Una barca en el río, y Adán y Eva en la barca;  
en torno el Paraíso y en acecho el reptil.

Y dos almas fundidas, sin cómo, a qué, ni cuándo,  
pensando que en la vida no hay más que mes de Abril.

Un silencio infinito por los montes lejanos  
y un Vesubio esa víscera que llaman corazón.  
Y en el mundo dos sombras...—¡nada más que dos sombras!—  
persiguiendo el ensueño de una vaga ilusión.

Ni una nube en el cielo, de color de alegría,  
con los nácares y oros de un Oriente feliz.

Y en el alba risueña de la vida, un aroma  
de alcanfor y de rosas y de menta y de anís.

—

Un deseo insaciable de ser faunos o dioses;  
un ansia irresistible de vivir y de amar.

El laurel en los ojos y la carne en los dientes.

Y andar, y no hacer nada, y reír y soñar.

¡Cómo ríen las cosas, desde el fondo del alma!

¡Qué invisibles las sombras! ¡Cuán lejano el dolor!

Y en el cielo una estrella—como en la Epifanía—  
guiando a todas horas vuestros sueños de amor.

Nunca tuvo la risa timbre más expresivo;  
nunca tuvo el espíritu más noble frenesí.

Y en la hora del orto, era el corazón joven

un inmenso y sensible e inocente rubí.

La soltura en los músculos del felino atigrado  
y en el pecho la ardiente fiereza del león.

Y aplastar las serpientes y matar al demonio,  
y despreciar el cálculo y vivir de ilusión.

No pensar en la vida, que es luz entre dos sombras;  
ni que sus pasos cansan al más duro lebrél;

ni que os serán ingratos el pariente y el pobre;  
ni que en el mundo existen el dolor y la hiel.

Y bullir por las vegas en los lentos ocasos  
y correr por los prados en la tarde estival.

Y apurar esa copa qua nos brinda la vida  
y que los años rompen como frágil cristal.

—

¡Oh, que dulce es el fruto de las mozas veinteñas  
y el beso de las novias, llenas de juventud!

Y el sol de los caminos, y los juegos, y el ocio,  
cuando faltan los años y sobra la salud.

¿Quién dirá que ese imberbe será un viejo aterido  
y una ruina aquel dulce pimpollo juvenil?

¡Qué desnudos los árboles en Diciembre y Enero,  
Y qué pomposos de hojas, y alegres, en Abril!

Caminante, que llegas con tu risa inocente,  
y tu sangre encendida y tu libro de amor:

ino te burles del viejo que ahora va por la vida,  
con su carga de sueños hecha polvo y dolor!

(\*)

Ya, en el paisaje yerto, ni juventud, ni sombras;  
y aullando, los chacales del triste anochecer.

Y yo, sentado inmóvil a la orilla del río,  
ya sin sueño en las manos, viendo el agua correr...

Bilbao.

PEDRO SÁNCHEZ MORA.